Los destellos de Sara

Marie N. Vianco

Todos los derechos reservados.

Murcia © 2018, Marie N. Vianco

**Registro Territorial de la Propiedad Intelectual**

Región de Murcia

España

Queda prohibida la reproducción del contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico y digital, sin permiso expreso de la autora por la Ley de Derechos de Autor.

Diseño de portada: V. Vianco

Fuente fotográfica: Shutterstock

Primera edición: abril 2018

“Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Yo la quise, y a veces ella también me quiso.

En las noches como ésta la tuve entre mis brazos.
La besé tantas veces bajo el cielo infinito.

Ella me quiso, a veces yo también la quería.
Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido.”

Poema XX, Pablo Neruda.

A mi familia con amor.

Los personajes, hechos y el lugar principal en donde se desarrolla esta novela (el pueblo de Puerto Nevado, en Asturias) son ficticios y productos de la imaginación de la autora.

**Índice**

[**Sinopsis**](#_Toc510992589)

[**Una secuencia**](#_Toc510992590)

[**PRIMERA PARTE**](#_Toc510992591)

[**SARA**](#_Toc510992592)

[**ALBA**](#_Toc510992593)

[**SARA**](#_Toc510992594)

[**ALBA**](#_Toc510992595)

[**SAMUEL**](#_Toc510992596)

[**SARA**](#_Toc510992597)

[**ALBA**](#_Toc510992598)

[**SARA**](#_Toc510992599)

[**ALBA**](#_Toc510992600)

[**SARA**](#_Toc510992601)

[**SAMUEL**](#_Toc510992602)

[**SARA**](#_Toc510992603)

[**CLEMENCIA**](#_Toc510992604)

[**SARA**](#_Toc510992605)

[**ALBA**](#_Toc510992606)

[**SARA**](#_Toc510992607)

[**ALBA**](#_Toc510992608)

[**SARA**](#_Toc510992609)

[**SAMUEL**](#_Toc510992610)

[**SARA**](#_Toc510992611)

[**ALBA**](#_Toc510992612)

[**SARA**](#_Toc510992613)

[**ALBA**](#_Toc510992614)

[**SARA**](#_Toc510992615)

[**SAMUEL**](#_Toc510992616)

[**ALBA**](#_Toc510992617)

[**SARA**](#_Toc510992618)

[**SAMUEL**](#_Toc510992619)

[**SARA**](#_Toc510992620)

[**ALBA**](#_Toc510992621)

[**SARA**](#_Toc510992622)

[**SAMUEL**](#_Toc510992623)

[**SARA**](#_Toc510992624)

[**SAMUEL**](#_Toc510992625)

[**SARA**](#_Toc510992626)

[**ALBA**](#_Toc510992627)

[**SARA**](#_Toc510992628)

[**ALBA**](#_Toc510992629)

[**SARA**](#_Toc510992630)

[**SAMUEL**](#_Toc510992631)

[**SARA**](#_Toc510992632)

[**SEGUNDA PARTE**](#_Toc510992633)

[**Imperdonable pecador**](#_Toc510992634)

[**SAMUEL**](#_Toc510992635)

[**SARA**](#_Toc510992636)

[**TERCERA PARTE**](#_Toc510992637)

[**SARA**](#_Toc510992638)

[**SAMUEL**](#_Toc510992639)

[**CLEMENCIA**](#_Toc510992640)

[**SARA**](#_Toc510992641)

[**La autora**](#_Toc510992642)

[**Agradecimientos**](#_Toc510992643)

# **Sinopsis**

En Puerto Nevado, un pequeño pueblo de Asturias, vive Sara Areces, una joven de envidiable inteligencia y belleza, pero con un gran vacío en su interior por haber sido siempre la sombra de su hermana Alba. Sara es físicamente fuerte, Alba es débil, con un corazón delicado que le ha impedido llevar una vida normal y con el que ha acaparado todo el cariño de su padre y de su esposa Clemencia.

La monótona vida de las hermanas Areces cambiará cuando Samuel Falcón, un ingeniero civil, llegue a Puerto Nevado con la misión de construir una nueva carretera que les ayude a mejorar sus condiciones de vida durante el invierno.

La vida continuará de forma armoniosa hasta que un hecho inesperado hará que el mundo de Sara se venga abajo por completo.

En momentos de sombras, ¿conseguirá la luz de la verdad abrirse paso e iluminarlo todo de nuevo?

# **Una secuencia**

Madrid, mayo 2017

La lluvia caía rauda e imparable sobre la ciudad. Serían cerca de las tres de la madrugada de aquel sábado gris, cuando Miguel y Laura volvían a casa. La noche, que se había iniciado como una velada amena y divertida en uno de los tantos pubs de la ciudad, había acabado finalmente en una fuerte pelea de novios por cuestiones de trabajo y planes de futuro.

 —Te digo que puedes pedir con el tiempo un traslado a Londres —decía él mientras se pasaba una mano por la frente y con la otra sostenía el volante—. Lo siento, cariño, pero no puedo perder esta oportunidad, es mi carrera, sabes lo que la publicidad significa para mí, además, las cosas no están como para desechar el trabajo.

—¿Y yo qué soy para ti? No quiero irme de Madrid, toda mi vida está aquí, ¡ésta es mi casa!

—¡Pero, Laura! —replicaba él, al tiempo que luchaba por vislumbrar la carretera cada vez más irreconocible debido la abundante lluvia.

—¡Eres un egoísta, Miguel! No sé cómo no me he dado cuenta antes —sollozó ella cada vez más alterada.

—¡Mira quién fue a hablar!

—¡Ah! Jamás te perdonaré el hecho de que sólo pienses en ti mismo.

—¡Basta ya! No perderé esta oportunidad, te pongas como te pongas.

—¡Entonces hemos acabado tú y yo!

—¡Pues muy bien! —contestó él con tal convicción, que Laura por primera vez se dio cuenta de lo seria que se ponía la situación.

—¿Serías capaz?

—Si no hay solución, aunque me duela...

—¡Vete al diablo! ¡Te odio! —gritó furiosa, y le golpeó en el brazo con tanta ira que Miguel dio un volantazo.

—¡Estate quieta, joder!, ¿qué quieres?, ¿qué nos matemos? ¡Deja la histeria o no sé lo que va pasar! Estoy por coger un camino sino…

—¡Dios, Miguel! ¿Qué es eso? ¡Ahí adelante! ¡Para! ¡Santo cielo, no! ¡PAAAARA!

Miguel dio un frenazo, hubo un golpe, después un grito, el chirriar de los frenos…y Miguel y Laura casi se estrellaron contra el parabrisas. Aturdidos y asustados, salieron del coche, la lluvia era tan fuerte que pronto ambos quedaron empapados, estaban muy cerca del parque Aluche, en donde el viento azotaba rabioso las hileras de tupidos y abundantes árboles.

—¡Por el amor de Dios, juro que no la vi, se cruzó sin más! —exclamó Miguel, lívido, y echándose las manos a la cabeza.

—¡Oh, Miguel, pobre chica! —sollozó Laura con voz trémula y sus dientes comenzaron a castañear, pero no por el frío, sino por la imagen que aparecía ante ellos.

Allí, sobre la carretera, un hombre caía de rodillas sobre el cuerpo de una joven inconsciente. Él temblaba y parecía tremendamente exhausto, ella llevaba el rostro ensangrentado desde la sien hasta la barbilla. Miguel se acercó a ellos y se quitó el abrigo, lo colocó de inmediato sobre la chica.

—¡Laura, rápido, llama al 112! —ordenó a su novia y sin perder más tiempo se volvió hacia el desconocido para reconfortarle.

— No se preocupe, amigo, enseguida les llevaremos al hospital.

# **PRIMERA PARTE**

# **SARA**

Madrid, invierno 2017

Mi nombre es Sara Areces, tengo veintiséis años y soy de Puerto Nevado, un pueblecito de Asturias, un puntito sobre la Cordillera Cantábrica en las cercanías del río Somiedo. Es un lugar diminuto que no pasa de las cien viviendas, y que vistas de noche, recuerdan más a las casitas de un belén que a un pueblo habitado por gente de carne y hueso. Es solitario y, en algunas ocasiones, un poco inhóspito debido a su gran altitud, más de mil metros, y a tanto llega su elevación que ciertos meses del año, durante el invierno, nos hemos quedado aislados por la nieve durante días; los termómetros se congelan y pareciera no existir más mundo que esa pequeña comunidad rodeada por infinitas montañas rocosas y cubierta por un impenetrable y grueso manto blanco. Ningún vehículo es capaz de acceder a nosotros; ninguno por tierra, tan sólo por aire.

Ahora estoy en Madrid, bastante lejos de casa, pero pienso en Puerto Nevado muy a menudo, demasiado quizás, aquel pequeño rincón de Asturias que me vio nacer hace tantos años atrás, y por supuesto, también pienso en mi familia: en mi hermana Alba y en papá.

Crecimos sin madre, yo tenía cinco cuando se fue. Si el corazón súbitamente se para, no piensa en que tienes dos niñas pequeñas que sacar adelante y un marido que te llorará durante años.

Pero aun así, las cosas fueron bien en nuestra hermosa casa del pueblo y en el negocio de papá, el pequeño hotel-restaurante y también mini supermercado, o más bien, “el Ritz de Puerto Nevado”; el único lugar en el que podías encontrar de todo a cientos de kilómetro a la redonda.

Mi hermana, mi querida Alba, siempre tan débil, tan frágil, con esa piel aporcelanada sumamente fina que parecía que se podía rajar incluso con el toque más sutil. Un corazón grande, pero tan débil, irremediable herencia de mamá.

Papá decía no tener preferidas, pero Alba siempre estuvo por delante en sus pensamientos: su salud, su bienestar, su futuro…

Yo en cambio era la fuerte, la intrépida y pizpireta Sara, la que se comería el mundo algún día, ¡qué equivocado estabas, papá!

Cuando cumplí diez, de la noche a la mañana llegó Clemencia, una viuda cuarentona muy servicial que pronto se apoderó de mi padre y remedió su larga soledad.

Clemencia se hizo cargo de todo en casa y, en poco tiempo, le dio su toque personal a cada rincón de aquel hogar sin madre, lo llenó de feminidad, de la presencia de una mujer en donde siempre había faltado mamá.

Ni siquiera sé si lo notaba, tal vez sí, cuando visitaba las casas de mis amigas y veía cómo sus madres les preparaban la merienda con tanto esmero, ahí sí que lo veía: barras crujientes de pan rellenas de abundante paté, jamón de york o Nocilla. Por eso, cuando Clemencia apareció, fue que me di cuenta de la existencia de aquel vacío, vacío dejado durante años por un fantasma llamado Luz, mi madre, y que un nuevo nombre vino a ocupar. Con Clemen nuestra casa se vistió con cortinas de encaje, los armarios de la cocina se llenaron de delicadas vajillas, los platos se revistieron de diseños ornamentales y el aroma a marsella y flores comenzó a impregnar las coladas, los guisos se volvieron deliciosos y sazonados, y había gel de frutas para nosotras en el cuarto de baño.

Pero Clemencia no era perfecta, sobre todo no lo era conmigo, ella y yo desde el principio no nos caímos bien. No sé exactamente la razón, cuando tienes diez años no sabes los motivos, sólo los intuyes y, aunque nunca me lo dijo, supe que no me soportaba.

–No sé qué voy a hacer contigo, eres una pequeña salvaje, Sara. Mira cómo vienes, dónde te has metido, estás hasta las orejas de barro, ¡ven aquí, chiquilla tonta! Tengo que limpiarte antes de que llegue tu padre y vea el bicho que tiene por hija –solía gritarme y zarandearme cuando llegaba a casa sucia después de haber jugado al fútbol con los otros niños de la escuela.

–¡No me tires del pelo!, ¡jolín, que me dueeeele!

–Más te va a doler cuando empiece a restregar toda la porquería que llevas encima, eres una guarra, Sara. ¡¡Quítate la ropa y métete en la ducha ya!! ¡PERO YA! Habrase visto criatura más marrana y loca, ¿por qué no serás como Alba? Mira que tranquila está viendo la televisión y haciendo sus deberes. Es menor que tú, pero se comporta como una señorita, ¿es que no te da vergüenza?

Alba me miraba impertérrita, con el mando de la tele en la mano y esos grandes ojos celestes; se movía lenta y etérea, una muñeca a la que parecía que de un momento a otro se le acabaría la cuerda.

–Voy a ver cómo va la comida, cuando venga te quiero metida en la ducha de cabeza –terminaba de renegar Clemen al tiempo que desaparecía a través del pasillo, sus bucles de pelo oxigenado rebotando a su paso, aquel trasero respingón, dos grandes jamones a punto de reventar la falda y siempre tan tiesa como una vara.

Me volví y vi a mi dulce hermana analizarme de arriba abajo, ¡cómo la odiaba cuando hacía eso!, cuando me hacía sentir como una rata recién salida de una cloaca y a la que todo el mundo contemplaba horrorizado. Pero entonces, una tímida sonrisa dulcificó su expresión.

–Me gustaría ser como tú, Sara, si no me cansara tanto no me ganarías a marrana.

Reí a carcajadas, Alba se tapó la boca y ahogó una risilla. Sin duda siempre fuiste mejor que yo, hermana; entre más recuerdo, más segura estoy de que fue así.

Mi fortaleza siempre fue envidada por Alba, y es verdad que era fuerte, decidida y sumamente competitiva, tanto que desde los seis años me propuse que ganaría el concurso de gimnasia rítmica de nuestra pequeña escuela del pueblo; y apenas dos años después, conseguí cargarme a todos mis contrincantes. Fue así como me convertí en la ganadora durante tres años consecutivos, mi habitación se llenó de trofeos, y cuando cumplí los doce, me hice con el título comarcal representando a mi pueblo.

De buena estatura, esbelta, y con las piernas más bonitas de Puerto Nevado, a los catorce ya era una auténtica ligona. La gimnasta de los ojos ambarinos, me llamaban.

–¿Quién es ése que te llama tanto, Sara? –me asaltó mi padre una vez durante la cena.

–¿Quién? –me hice la tonta y por instinto casi meto la cabeza en el plato.

–Ése tal Alex, y también ayer un tal Toni.

–Toni es el hijo de Magdalena y Ángel, papá. Los de la panadería Artesana. Alex es otro de mis amigos del instituto.

–Vaya, no sabía que te hablaras con ellos. Siempre te peleabas cuando jugabas al futbol.

–Porque les ganaba, papá. Los tíos no saben perder ni soportan que una chica sea mejor que ellos.

Papá sonrió.

–Pero bueno, ahora ya sois amigos, ¿no?

–Yo diría que algo más –malmetió Clemencia con su lengua viperina–. Últimamente se te ve cada día con uno.

–¡Mentirosa! Sólo son amigos.

–¿Seguro? Ayer te besuqueaste con el tal Alex en la puerta, ¿o ése era Toni?

–¡No es cierto! Sólo me dio dos besos y ya. ¡Y Toni es mi mejor amigo!

–Bueno, chicas, haya paz –medió papá cortando un poco de pan y dando buena cuenta después de un trozo de queso–. No pasa nada, Sarita. Si tienes novio, sólo quiero que…

–¡No lo tengo! –bufé rechinando los dientes y más colorada que un tomate maduro.

–Sea lo que sea, sólo digo que si lo tienes, me gustaría saberlo; es sólo eso, hija.

–Sara es muy guapa, papá, es la chica más famosa del pueblo por ser la campeona del torneo comarcal de gimnasia rítmica, de haber vivido en Oviedo tal vez podría haber ido a una escuela de esas que preparan a las gimnastas para competir a lo grande.

–No digas chorradas, Alba, no es para tanto. Lo de la gimnasia fue sólo un reto que me propuse de cría, un simple capricho, tampoco es que ser profesional de la gimnasia sea el sueño de mi vida –repliqué un poco avergonzada.

Alba rió y me guiñó un ojo.

—Mi hermana es muy modesta y nunca te lo reconocerá. Pero es también la primera de su clase y por eso todas la envidian. Es normal que lleve a los chicos por cola, no creo que haya nadie más guapa y lista que tú en Puerto Nevado –remató Alba desde su tranquila postura de siempre.

Yo ya no supe en dónde meter la cabeza…

No obstante, y a pesar de mi modestia, era verdad: la más guapa, la más lista, la más competitiva y decidida, la que más brillaba, sí, así era yo, pero aun con todo, me hubiera gustado que papá viera todo mi fulgor; esa luz que a los demás tanto encandilaba y que ni él ni Clemen consiguieron nunca apreciar. Para ellos, Alba era la fuente de esa belleza, tanto interior como exterior, de esa necesidad de cuidados, de atención, de amor.

Porque así eras tú, Alba, una auténtica reina plateada levitando sobre aguas serenas. Tu salud débil me arrebató el cariño de papá, la parte que me tocaba por derecho. A lo largo de aquellos años, todos supieron ver mi esplendoroso brillo, todos menos él, todos menos papá, y eso, mi querida hermana: jamás te lo pude perdonar.

\*

Cada tarde después del trabajo me paso por el parque Aluche, muy cerca de mi edificio. Me siento en uno de los tantos bancos que lo surcan y, durante un ratito, me dedico exclusivamente a contemplar las flores que hay en las jardineras. Cierro entonces los ojos y me transporto a mi *claro* silvestre en Puerto Nevado, sí, mi rinconcito a las afueras del pueblo y al que desde niña solía ir con Luz, mi madre. Siempre que íbamos mamá se llevaba un libro y me leía cuentos e historias sobre lugares muy lejanos en donde los hombres vestían con hermosos turbantes, se transportaban en camellos y las princesas con velo danzaban sobre las dunas del desierto.

Mi *claro* es como un trozo de pradera alpina y suele estar casi todo el tiempo poblado por flores de distintos colores: narcisos, brezos, margaritas, amapolas… A mi cerebro acude el olor a naturaleza, el frescor inconfundible de la tierra húmeda, la pureza del aire de montaña, y entonces mi mente vuela y me transporto a Puerto Nevado por unos minutos. Cuando mamá murió estuve un tiempo sin acercarme porque me hacía mucho daño, pero poco a poco aquel dolor se fue apaciguando y volví a visitar asiduamente mi hermoso *claro* de flores. Más adelante se convirtió en un punto de reunión para mis amigos y para mí. Ahí hacíamos quedadas para estudiar, jugar, hacer confesiones… Estaba en una zona elevada, un cabezo enano del que sobresalía un pequeño promontorio que se alzaba unos pocos metros sobre el suelo y al que nosotros llamábamos con orgullo: “el acantilado”. Río ahora al recordarlo, fantaseábamos acerca de lo horrible que sería caerse en él, que te engullera el abismo y desparecer para siempre.

Más abajo, sobre las faldas del monte, y recordando a un montón de setas de colores; comenzaban a verse las primeras casas del pueblo.

\*

 Aquel verano llegó sin avisar, súbitamente aparecieron los veinticuatro grados en los termómetros y con ello la tierra acentuó aun más sus colores; la viveza de la hierba pintó toda la pradera, los atardeceres se tornaron naranjas y proliferaron alargando los días.

El aire era fresco y fragante aquella tarde, un bálsamo proveniente de las montañas que nos alivió tras una cálida e interminable jornada.

Estaba en el porche de casa, practicando unas patadas de karate que me había enseñado Toni y que había aprendido a hacer gracias a YouTube, decía que tenía que luchar contra la nada, usar mi pierna como un arma y notar cómo mis músculos cortaban el aire, y justo en ese momento, detener el movimiento. Al principio no me salía, pero yo siempre he sido muy cabezota, y me tiré una semana entera dándole patadas a la nada, hasta que conseguí escuchar que el aire se cortaba con el movimiento de mi pierna, y luego, de forma precisa y calculada, conseguí frenarla; se quedó ahí, estática en el vacío. Desde ese día practiqué mucho, y logré dominar aquel ejercicio de karate.

Aquella tarde tan importante para mí estaba realizando mis prácticas; me notaba ya bastante acalorada y húmeda por el sudor, pero estaba tan concentrada en que me saliera el ejercicio, que por un buen rato todo dejó de existir a mi alrededor.

Sí, fue justo en ese momento: respiré hondo, giré mi cintura, pateé y… mi pierna quedó suspendida a dos centímetros de su cara, de él, de Samuel…

Me observó con curiosidad, mi pierna quedó atrapada entre sus manos. Sonrió.

–Veo que controlas, el canto de un duro te ha faltado para patearme la cabeza.

Abrí los ojos a más no poder y un calor inundó mi rostro hasta las orejas. Parecía un compás abierto sobre una hoja de papel, ¡quise morirme!

–Perdona… yo sólo estaba, ¿me devuelves la pierna por favor?

–Oh sí, sí, claro –soltó una carcajada muy sexy, me gustó.

Mi cuerpo volvió a su postura normal, me arreglé la ropa y me puse el pelo tras las orejas. Él se metió las manos en los bolsillos y continuó sin apartar los ojos de mí.

–¿Le puedo ayudar? –pregunté, ya para entonces bastante abochornada.

Él volvió a sonreír con afabilidad y un hoyuelo suave se le dibujó en uno de los carrillos.

–No sé, tal vez. Me llamo Samuel Falcón, soy uno de los ingenieros de camino que van a construir la nueva carretera. A ver si cuando nieve no os quedáis tan aislados por aquí arriba.

–Eso será difícil, no me lo creeré hasta que lo vea –dije sin disimular mi incredulidad. Aquel tipo me estaba pareciendo un poco chulo de más.

–Bueno, eso lo dirán las matemáticas; vamos a ver qué se puede hacer.

–¿Y en qué se supone que le puedo ayudar yo? –pregunté un poco exasperada, tenía ganas de irme a la ducha y luego ponerme a chatear con mis amigos.

–Sé que sólo existe un hotel en Puerto Nevado, me dijeron que el dueño vivía por aquí. Quería hablar con él personalmente, vamos a necesitar alojamiento y nos gustaría reservar varias habitaciones.

–¿Nos?

–Sí, para mí y mis compañeros, somos unos seis ingenieros, y poco a poco vendrán los obreros. Será para tiempo.

–¡Uf! Pues no sé si podrá ser, el hotel está completo ahora en verano. Vienen muchos turistas a hacer senderismo y a disfrutar del verano del norte.

–Ya, por eso quería hablar con el dueño del hotel.

–Es mi padre

–¿Y está en casa?

–Volverá en una hora.

–Sara, ¿con quién hablas? –intervino de repente Clemencia desde la puerta. Me miró echando fuego por los ojos, ¡cómo le molestaba que me relacionara con la gente o que ligara! Creo que en el fondo era una auténtica reprimida.

–Nada, Clemen, este hombre es ingeniero y quiere hablar con papá. Es uno de esos expertos que vienen a construir la carretera nueva.

Cleme salió al encuentro sin apenas dejarme terminar.

–Ah, sea bienvenido, señor…

–Samuel Falcón –contestó él y le dio la mano afablemente a Clemen.

–Mi marido no está ahora mismo, pero no tardará en aparecer. Pase un rato y tómese un café con nosotras; acabo de hacer un bizcocho de frutas, y no es por alabarme, pero suelen quedarme muy buenos.

\*

Le recuerdo… Era esa sonrisa alegre y amplia lo que desde un principio me hizo vivir en un limbo extraño, como si se hubiera iniciado una nueva vida para mí desde que apareció aquella tarde. Y ahí estábamos los cinco, sentados a la mesa, una noche cualquiera de julio; le escuchaba hablar y contar miles de cosas acerca de Oviedo, sobre su gente y sobre la universidad a la que yo pronto asistiría.

Esa temporada hubo *overbooking* en El Nevado, el pequeño hotel de mi padre. Durante los veranos casi siempre ocurría, la gente venía escapando de la ciudad o del excesivo calor del sur de España; y no se les ocurría nada mejor que pasar unos días en los pequeños pueblos campestres de Asturias para vivir la tranquilidad rural, disfrutar del río y respirar aire puro.

Así que no hubo más remedio que abusar de la hospitalidad de los buenos habitantes del pueblo y alojar a los ingenieros y obreros entre los vecinos; Samuel se quedó con nosotros. Nuestra hermosa casa contaba con dos habitaciones vacías que sólo se utilizaban cuando alguna de mis amigas o las de Alba se quedaban a dormir. Así que una de ellas se destinó a Samuel, la más alejada de las nuestras, junto a la cocina y cerca del porche. Samuel aprovechaba esta ventaja para pasear cada noche por el amplio patio de la entrada y hablar un rato conmigo bajo las estrellas.

Creo que aquella fue una de las primeras cenas en las que lo tuvimos en casa y en la que empezamos a intimar más. Ya no me parecía tan chulo, al contrario, creo que más que chulería, lo suyo era simple simpatía. De contextura fuerte y viril, voz templada y movimientos comedidos, se notaba que a pesar de su juventud (unos veintisiete o así, creo recordar) tenía los pies bien puestos sobre la tierra, sí, eso era, se encontraba seguro y a gusto con el rumbo que había tomado su vida. Disfrutaba de su trabajo como el que más y estaba agradecido de poder vivir de lo que había estudiado, cosa que en estos tiempos que corren, no es tan fácil conseguir.

–Es estupendo tener invitados en casa, ¿verdad, Román? Me gusta saber cosas de Oviedo, no salimos mucho de aquí, la vida en Puerto Nevado es tranquila, demasiado a veces –comentaba Clemen, encantadora de más, casi zalamera, y con su blanca dentadura expuesta todo el rato al igual que un anuncio de pasta de dientes. Parecía dispuesta a complacer todas las demandas de Samuel: si deseaba más puré, si la carne estaba en su punto, si le faltaba más vino…

Papá por el contrario le miraba atento y en silencio, le estudiaba con cuidado y con el recelo propio de un macho alfa que ve cómo otro macho invade su mesa y se adueña de las atenciones y momentos de los que él siempre había sido el rey.

–¿Entonces aquí no hay instituto?

–No, sólo un colegio de primaria. Los jóvenes que queremos seguir estudiando tenemos que recorrer casi cuarenta kilómetros hasta el instituto más cercano. Cada semana un vecino nos lleva a todos los chicos del pueblo en una furgoneta y otro nos trae de vuelta –expliqué a Samuel con un poco de tedio, sabía que le parecería de lo más raro y no quería que pensara que éramos unos ermitaños o algo así.

–Cuarenta kilómetros para ir a clase… es un poco paliza –objetó muy sorprendido.

–Sí, pero te acabas acostumbrando, además, si quieres estudiar no hay otro remedio.

–Qué faena, no me extraña que la carretera tenga que ser ampliada y mejorada. La vida es un poco limitada aquí, sin ánimo de ofender.

–No te apures, muchacho. Esto es lo que hay, somos un pueblo sencillo y de buena gente, pero no somos los suficientes como para justificar más instalaciones. Tenemos nuestra parroquia, una pequeña escuela y un centro médico muy bien equipado, pero no podemos pedir más.

–Puerto Nevado se caracteriza por la belleza de su paisaje y por la bondad de sus gentes, tal vez si se abriera mucho al mundo perdería su encanto –repliqué en defensa de mi pequeña aldea. Me sentía muy afortunada de haber nacido en aquel rinconcito de Asturias.

–Oh, sí, en eso no te quito la razón. Por lo poco que he visto me ha parecido un pueblo precioso, de los de cuento, de los que ya no se ven. No era mi intención minimizar su belleza ni sus cualidades –añadió entonces Samuel un poco apenado.

Solté una risilla ante su bochorno, Samuel era a veces un poco susceptible y algo duro consigo mismo.

–Y entonces, ¿qué vais a hacer vosotras cuando acabéis el instituto? –carraspeó intentando cambiar el rumbo de la conversación.

–Seguir estudiando, supongo. Me gustaría hacer una carrera –me apresuré a decir, la verdad es que lo tenía bastante claro desde hacía tiempo.

Alba escuchaba nuestra conversación sin participar. A ella siempre le interesó todo lo que pasaba en mi vida: mis amigos, mis sueños de estudiar y de trabajar en la ciudad, el deseo de abandonar el pueblo algún día y ver mundo, mis pequeños triunfos como gimnasta local, mis deseos de vivir…

–Sara pronto irá a la universidad a estudiar informática. Le gustan mucho los números y los ordenadores –comentó de pronto, rompiendo su silencio por primera vez y desde que habíamos empezado la cena.

–Vaya, es una carrera muy interesante; y si te gustan los números, Sara, creo que no lo pasarás mal.

–Se me dan bien, aunque ya se sabe que el instituto no es la universidad.

–¿Tienes plaza ya?

–Sí, a finales de septiembre me marcharé a Oviedo.

–Será un gran cambio, digo, del pueblo a la ciudad.

–Sara es una campeona, consigue todo lo que se propone, le será fácil adaptarse y estoy segura de que brillará en la ciudad –intervino Alba muy entusiasmada, y sin apenas darme tiempo a contestar.

–Si le seguís dando alas se lo creerá –saltó Clemen con su agria y habitual actitud hacia mí.

Torcí la boca, la acribillé con la mirada, me tenía más que harta, siempre pensé que desde el principio su tirria era producto de la más primitiva de las envidas. Patética, sin duda.

Samuel sonrió, estaba claro que en tan sólo un par de ocasiones en las que nos habíamos visto, había calado la estupenda relación que tenía con mi madrastra.

–¿Y qué hay de ti, Alba? ¿También piensas ir a la universidad?

Un amago de sonrisa se dibujó en el rostro de Alba, se ruborizó levemente. No estaba acostumbrada a que los extraños le preguntaran nada, pues a excepción de papá y Clemen, todos los demás siempre se centraban en mí.

–Yo… no sé qué haré, todavía me falta un año. Además, tengo un corazón un poco problemático, así que no sé si podría aguantar la universidad.

Samuel se quedó cortado, la miró con intensidad, los ojos celestes de Alba se encendieron súbitamente.

–Perdona yo…

–No importa, muy poca gente fuera de Puerto Nevado lo sabe –prosiguió ella sin dejar de sonreír–, tan sólo mi médico de Oviedo.

–Quizás deberíamos de empezar con el postre, Clemen –carraspeó papá que empezaba ya a incomodarse. No le gustaba para nada hablar sobre la enfermedad de Alba–. Entonces, ¿están usted y sus amigos cómodos en sus improvisados alojamientos, ingeniero? –inquirió cambiando bruscamente el tema. Clemen se ausentó unos minutos en busca del postre: tarta de tres chocolates, la favorita de papá.

–Oh sí, estupendamente, le agradezco mucho que haya hecho lo posible por alojarnos a todos entre sus vecinos. La gente de Puerto Nevado es muy amable y acogedora; empezando por usted, señor Areces. Gracias por su hospitalidad.

–Nada que agradecer, muchacho. Además, soy el primero que quiere que se acaben los inviernos de aislamiento tras las nevadas. Esto es un pueblo pequeño, y sin radio ni televisión ni internet, imagínate cómo puede ser la vida aquí, nos volvemos locos y nos dedicamos a cotorrear entre nosotros o a darnos golpecitos en los tobillos del puro aburrimiento –rió más relajado y extendiendo las piernas bajo la mesa. Su rostro rechoncho y barbudo se coloreó de un suave tono rosáceo. Papá algunas veces me recordaba a Papá Noel.

# **ALBA**

Puerto Nevado, Asturias, siete años atrás.

Ya me toca la pastilla, una de las tantas que debo ingerir cada día para controlar este corazón tan problemático que tengo.

Es una tarde gris de mediados de julio, a veces ocurre que en pleno verano tenemos días así. La humedad se adhiere a los cristales de mi ventana y finísimas lágrimas gotean surcando el vidrio azulado y empañado.

He dormido una buena siesta, eso me hace bien, mantener mi cuerpo descansado ayuda a que mi corazón no se canse demasiado. Tengo insuficiencia cardiaca, una enfermedad que heredé de mi madre y que me impide por el momento llevar una vida normal. Mi corazón se agota con mucha facilidad, tiene problemas en el lado izquierdo y en el derecho, y cuando le da por dar la lata, le cuesta horrores llevar oxígeno al resto de mi cuerpo; el líquido se acumula en mi organismo, se me hinchan las piernas, me falta el aire y la cosa se puede poner muy fea para mí. Los médicos estudian si un trasplante puede ser la solución a mi enfermedad, pero escasean los donantes y, para rematar, parece que debido a mi dolencia tengo algunos órganos afectados; así que todavía no se deciden por esa opción. Mi familia ha vivido con esto desde que era muy pequeña, normalmente acabo primero en el centro médico del pueblo, en donde medio que me “reparan” y luego me envían directo al H.U.C.A, en Oviedo. Despertarme en el hospital rodeada de tubos, sueros, cables en mi pecho y con pantallas dando lentos y agónicos pitidos, ya se ha convertido en una constante en mi vida; y sería un poco chula si dijera que te acabas acostumbrando. No, para nada, no creo que exista nadie que puede hacerse a algo como esto.

Escucho el ruido de la puerta de entrada y voces en el porche, me levanto poco a poco para no marearme y me asomo a la ventana. Son Sara y Toni hablando de sus cosas, cuchicheando sobre sus secretos y misterios. Como siempre son los mejores amigos, los mejores cómplices. Sara se mueve con garbo y seguridad, es hermosa de pies a cabeza, vital en cada centímetro de su cuerpo, la belleza y la vida corren como un torrente imparable por sus venas. Es lista y despierta, pareciera que todo el cielo se confabuló el día de su nacimiento para dotarla de los mejores dones, mi hermana es como un lucero en la tierra, la más brillante de las estrellas, no hay ninguna como ella ni lo habrá, consigue destacar en todo lo que se propone y contagiarte con la enorme luz que emana de sí misma.

Siempre que estoy con ella rezo para que me transmita algo de su fortaleza, quizás la vida me haga un guiño si estoy cerca.

Toni está enamorado de ella desde que eran unos niños. Se muere por sus huesos, pero Sara ni se lo imagina. Él lo disimula muy bien, disfrazándolo de una sólida amistad, pero no, es mucho más. Mi hermana se deja querer y vive y resplandece iluminándolo todo con ese don que tiene para destacar y deslumbrar.

Ahora se hace una cola, sus cabellos melados parecen retales de seda, ríe grácil y despreocupada, Toni se estremece al notarla cerca, lo sé, porque lo mismo me pasa a mí cuando lo tengo a él. Es muy guapo y educado, con ese pelo oscuro y esos ojos verdes tan grandes en los que me pierdo cada vez que lo veo. Pero Toni jamás se fijará en mí porque para él sólo existe Sara; un torrente de vida es mi hermana, tan intenso que puede llegar a arrollarte si te descuidas.

Tomo una de mis pequeñas pastillas, es redonda e insulsa, amarga al paladar, las guardo en una cajita con compartimientos para separarlas, es que tomo varias, un cóctel diario de estas minúsculas joyas que me ayudan a vivir. ¿Cómo puede ser que algo tan insignificante contenga tanta esperanza para mí?, ¿cómo puede ser que Sara consiga resplandecer tanto sin necesitar ni una sola de ellas?

# **SARA**

Madrid, invierno 2017

Las estrellas brillan con una intensidad inusual en lugares como Puerto Nevado; y a pesar de que ahora vivo en una ciudad apabullante como Madrid en donde las luces de la tierra son tan intensas que parecen extender sus brazos hasta acariciar las del cielo, puedo asegurar que no consiguen el destellar de mi pequeño pueblo asturiano. Allí cada noche, sentada en el porche de la casa de papá, sus fulgores son estremecedores; grandes gemas parpadeantes sobre terciopelo lustroso y perfecto.

Los recuerdos sin remedio vuelven a mi cabeza, y aquella voz tan querida regresa del pasado para apoderarse de mi espacio y de mi presente.

–¿Qué haces que aún no te vas a la cama? Es casi la una –escuché decir a Samuel a mi espalda. Di un respingo y me giré de golpe–. Perdona, te he asustado, estabas tan ensimismada, ¿qué hay allá arriba que tanto te atrae?

Una sonrisa inconclusa apareció en mi rostro, la verdad es que me molestó que me asustara. Pero ahora que lo tenía ahí, no deseaba que se fuera.

–Nada y todo en realidad… Pensaba en que dentro de quince días me marcharé de aquí y que en Oviedo echaré muchas cosas de menos.

–Es lo más seguro, lo echarás todo de menos; para empezar, la luz que tienen las cosas en un pueblo como éste, allí seguro que no la verás.

–¿A qué te refieres?

–Aquí todo está rodeado de una extraña pureza, sus gentes son increíblemente sencillas y amables, el paisaje es tan idílico que es como si vivieras en un picnic permanente –pareció divertido ante su propia idea–. Todo es tan… no sé, como una eterna infancia, todo vive en absoluta armonía. El tiempo no existe porque los ciclos se repiten de padres a hijos. Me he dado cuenta de que quien se va de aquí, se va con pena.

–Vaya, pareces un hombre de letras, Samuel, nadie diría que eres todo un ingeniero de caminos, más bien pareces un escritor.

Soltó una sonora carcajada que inundó de alegría todo el viejo porche.

–No es eso, es sólo que… En este pueblo y durante estos tres meses, creo que he encontrado una paz que no tenía desde hace mucho; ya sabes, la universidad te absorbe y te agota de una manera que jamás imaginé. Después, encontrar un trabajo, tienes que luchar mucho para conseguirlo, luego las oposiciones, y cuando por fin las apruebas, es un no parar. No sé, aunque estoy aquí por trabajo, siento que he logrado reducir mi propio ritmo y disfrutar un poco más de la vida; aunque sea así, como lo estamos haciendo tú y yo ahora, hablando relajadamente esta noche.

–Creo que es verdad lo que dices, lo echaré todo de menos. Como sabes, nunca he tenido una vida estresante, nunca he salido de aquí para vivir en otro lugar. No sé qué va a pasar cuando deje mi pueblo –dije soltando un hondo suspiro, me arrebujé en mi chaqueta, hacía un poco de fresco.

Samuel se acercó a mí y se sentó a mi lado.

–Pasará lo que tenga que pasar, muchas cosas buenas, seguro. Conocerás a mucha gente, aprenderás y tirarás para adelante, con el tiempo, tal vez ya no quieras volver al pueblo.

–Puede, pero mi gente está aquí.

–Sí, pero tu padre ya tiene su vida con Clemencia, y Alba también acabará haciendo la suya.

–Alba me preocupa, es muy suya, tímida y frágil. Su salud es su mayor lastre.

–Pero es muy joven y seguro lo conseguirá. He visto que es una chica callada, pero muy observadora y, me atrevería a decir que, también fuerte.

–La quiero muchísimo, aunque no hemos estado muy unidas porque ella nunca ha podido seguirme el ritmo.

–Ya, algo he oído, Miss gimnasta jajaja –me gustaría verte algún día.

–Bueno, has tenido que ver los vídeos que están colgados en Youtube, el otro día vi que Alba te los mostró.

–Sí, es cierto, eres un crack haciendo piruetas. Recuerdo que cuando nos conocimos casi me pateas la cara.

Reímos los dos ante aquella imagen que logró sacarme todos los colores. Tuve que limpiarme una lagrimita causada por la risa.

–Bueno, soy sólo gimnasta local, nunca he aspirado a más, no pienso presentarme a las olimpiadas.

Samuel se acercó a mí y me dio una palmadita en la espalda.

–Estoy seguro de que todo te saldrá bien: en Oviedo, en la universidad y en todo lo que hagas. Posees un brillo especial, Sara Areces, no lo desperdicies.

Brillo, así era cómo me veías, pero qué poco llegaste a apreciarlo, Samuel; y por más que lo deseé, jamás conseguí encandilarte.

# **ALBA**

Puerto Nevado, Asturias, siete años atrás.

A veces sueño que corro descalza por el *claro* de flores de Sara. Sí, ése que está lleno de amapolas y margaritas, y que queda en la colina más cercana a nuestra casa. Dice papá que mamá siempre iba allí con Sara cuando era muy pequeña y que cuando ella se fue, Sara siguió yendo para recordarla. Sara dice que es un lugar para meditar y recargar las pilas, a veces me he preguntado si no sacará de allí ese extraño hechizo que la envuelve. Yo antes iba más a menudo; el hacer ejercicio, andar me hace muy bien. Pero el problema del *claro* es que tiene una cuesta un poco empinada y eso siempre acelera mi ritmo cardiaco, pone mi corazón a trabajar de más y luego lo paso fatal, así que el médico me ha recomendado que no vaya. Clemen me riñe cada vez que me ve con ganas de subir, dice que no se me ha perdido nada en ese terral y que Sara va allí con la intención de liarse y besuquearse con chicos, yo creo que no es así, pero no me gusta pelear con Clemen porque en lo referente a Sara: jamás cambiará de opinión. Es dura con ella simplemente porque sí, por ser como es, porque a alguien como ella es imposible no quererla hasta el delirio u odiarla hasta la médula.

Cuando sueño despierta imagino que subo allí, que la hierba fresca pincha suavemente las plantas de mis pies y que me embriaga un aroma a naturaleza, a frescura, mi corazón late tan fuerte como el repicar de un tambor de guerra. Sí, guerra, porque eso es lo que libro cada día, es como una prisión en la que vivo, una constante lucha por no cansar a este motor lento y defectuoso del que depende mi vida.

Sin embargo, yo deseo correr a través de la hierba, pisarla e impregnarme de su lozanía al igual que lo hace Sara.

Cuando llego del instituto suelo venir directa a casa, me encantaría irme por ahí, pero no es recomendable que me canse mucho, no vaya a ser que me de una crisis, la última que tuve fue hace unos años y me la produje yo misma por escaparme para ir a jugar al futbol con mis amigos. Sara suele hacerlo y muchas veces consigue ganarle a los chicos. A mis amigas les entró tanta envidia, que decidieron crear un equipo femenino. Aquella tarde forcé a propósito mi maltrecho corazón y acabé en el hospital por siete días.

Desde entonces me vigilan mucho más y papá ha volcado toda su atención en mí. Y a tanto ha llegado su temor, que ha decidido llevar la gestión del negocio desde su despacho de casa y ha delegado gran parte del trabajo en Ofelia, la tía de Toni, y su mano derecha en el hotel. Clemen también está pendiente de mí todo el tiempo, me cuida mucho, aunque a Clemen la he tenido desde siempre, me quiere con un amor obsesivo y sobreprotector, un sentimiento extraño y alimentado por la animadversión que siente por Sara. Porque desafortunadamente para mí, soy la antítesis de mi hermana, me he pasado la vida corriendo tras sus destellos, sus migajas de luz, buscando ser como ella, aunque sea un poco; pero cada vez que lo intento me falta la energía, me fatigo tanto que no la puedo seguir, mi corazón se resiente y no me responde.

Pero sigo soñando y buscando la manera de imitarla, contagiarme de su brillo, quizás algún día logre por fin llevarle la delantera.